



EXCMO. SR. D. RAFAEL LAPESA MELGAR

RAFAEL LAPESA

(1908-2001)

EL pasado 1 de febrero murió don Rafael Lapesa, uno de los miembros de esta Academia que más huella han dejado en el último siglo, período no parco, por cierto, en figuras eminentes dentro de esta Casa.

La Academia manifestó en forma elocuente su hondo sentimiento. La capilla ardiente y el entierro, así como el funeral que hizo celebrar la Corporación, contaron con la concurrencia de numerosos académicos, que se mezclaron con los centenares de amigos, compañeros y discípulos, venidos muchos de ellos de fuera de Madrid, que quisieron expresar por última vez su afecto y su respeto hacia don Rafael, y la pena por su desaparición. Los periódicos reflejaron ampliamente el sentir del mundo de la cultura ante la pérdida de quien fue el sabio y noble superviviente de una gran escuela intelectual y ética cuyas enseñanzas siguen plenamente vigentes para muchos de nosotros.

Tres años atrás, en febrero de 1998, la Fundación Menéndez Pidal quiso celebrar el 90 cumpleaños de don Rafael ofreciéndole un homenaje en la que fue casa de su maestro don Ramón. Como regalo le presentaba el proyecto de informatización y ulterior publicación de una importante obra en la que Lapesa había trabajado, con largas lagunas, desde 1927 y que a la sazón él estaba sometiendo a una última revisión. Al homenaje se había invitado a muchos amigos y discípulos de don Rafael, y de hecho fueron numerosísimos los que estuvieron presentes, a los cuales se sumaron los representantes de la cultura oficial. Don Rafael, cuyas fuerzas físicas ya estaban debilitadas, se encontraba doblemente aturdido, tanto a causa de la emoción de verse tan abrumadoramente honrado por todos como a causa del bullicio de la fervorosa muchedumbre que le rodeaba.

Fue aquella su última aparición pública, algo así como su adiós al mundo. Apenas un mes más tarde, una alarma en su estado de salud

hizo que fuera hospitalizado, y aunque no tardó en volver a casa, ya empezó a hacerse patente que su vitalidad entraba en declive. Varias veces manifestó aún el deseo de reanudar sus trabajos, pero no pudo hacerlo. Y, al final, lo único que deseaba era volver a reunirse con Pilar.

Dejó sin terminar la revisión de aquella obra que la Fundación Menéndez Pidal le iba a publicar, y otras fundamentales que tenía en preparación desde hacía varios años, como la *Sintaxis histórica del español* y el volumen III de la obra que un moribundo Amado Alonso le había encomendado concluir, *De la pronunciación medieval a la moderna en español*. En un texto de 1997 hablaba aún de “tentaciones” de preparar nuevos ensayos sobre diversos escritores y temas de literatura, pero ya no se hacía ilusiones: “Estoy viviendo —decía— el momento en que «las ansias crecen, las esperanzas menguan»; y me decido a renunciar, por ahora (y quién sabe si para siempre), a los artículos en gestación, todavía nonatos”.

No obstante, en esta última etapa de su vida todavía aparecieron dos colecciones de trabajos suyos anteriores: una en 1998: *Generaciones y semblanzas de filólogos españoles*; y otra en el año 2000: *Estudios de morfosintaxis histórica del español*, de la que luego hablaré. Podemos añadir a esto su capítulo sobre la letra K, escrito, probablemente en los primeros meses de 1998, para el volumen colectivo *Al pie de la letra*, editado también en 2000.

Recordemos brevemente la biografía externa de don Rafael Lapesa. Su trayectoria comprende dos etapas, separadas por la Guerra Civil. La primera, que él llamaba de formación, es la de los grandes maestros, Menéndez Pidal y Américo Castro, y la del Centro de Estudios Históricos. La segunda gira en torno a dos ejes que se entrecruzan o se superponen: la Universidad y la Academia.

Lapesa nace en 1908 en Valencia, pero siendo niño se traslada con su familia a Madrid, y en Madrid cursa su bachillerato y sus estudios de Filosofía y Letras. Licenciado en 1927, entra inmediatamente como becario en el Centro de Estudios Históricos dirigido por Menéndez Pidal, y dos años más tarde pasa a colaborador, categoría que conserva hasta la disolución del Centro al terminar la Guerra

Civil. Mientras tanto, en 1930 se hace por oposición catedrático de Instituto, y en 1931 se doctora.

Tras la guerra, el nuevo régimen le quita su cátedra madrileña de Instituto y le hace ir a Oviedo y luego a Salamanca. En 1947 se abren dos capítulos notables en su vida: gana la cátedra de Gramática histórica de la lengua española en la Universidad de Madrid, y entra por concurso en el recién creado Seminario de Lexicografía de esta Real Academia. En 1950, otros dos sucesos académicos: por una parte, la elección como miembro de número de la Academia, donde tomará posesión en 1954; por otra, la designación como subdirector del Seminario de Lexicografía, donde pasará a director en 1969. La Academia le nombra secretario en 1964, cargo al que renuncia en 1971. Al margen de estas responsabilidades, a lo largo de veinte años, entre 1948 y 1968, ha realizado numerosos viajes a Estados Unidos, donde ha sido profesor visitante de varias universidades, y también enseña en algunos países de la América española. En 1983 es elegido miembro de la Academia de la Historia (hasta 1996 no leerá su discurso de ingreso). Nuestra Academia todavía le elige director interino en 1988. Continúa trabajando y publicando sin descanso hasta que a finales de los años noventa se le agotan las fuerzas.

La enseñanza ha sido una de las facetas esenciales de don Rafael. Para él, según propia confesión, fueron siempre más importantes sus alumnos que sus propios libros. “Es que a mí, ¿sabe usted? —declaraba en una entrevista—, me gustaba enseñar; yo disfrutaba haciendo gozar a mis alumnos con las mismas cosas con que yo gozaba. Transmitir pasión y curiosidad por las palabras ha sido para mí siempre más importante que transmitir el conocimiento en sí”. Fue larga y precoz su carrera docente: a los veinte años ya era profesor en cursos para extranjeros, y a los veintidós catedrático de Instituto y encargado de curso en la Universidad. No dejó de dar clases hasta su jubilación en 1978, y aun después siguió algún tiempo atendiendo cursos de doctorado.

Su experiencia en la enseñanza de la lengua y la literatura españolas la expuso, envuelta en la sabiduría de los sabios, en una hermosa

conferencia de 1992, en que señalaba que la función principal del profesor de lengua y literatura era “descubrir, revelar maravillas”. De su propio comportamiento como profesor —competente, eficaz, modesto y humano— hemos dado testimonio escrito repetidas veces quienes hemos tenido la fortuna de ser alumnos suyos. De su etapa de catedrático de Instituto tenemos el recuerdo de Emilio Lorenzo, que fue en Madrid alumno suyo en el año 1932: “La estrella del curso —dice— era Rafael Lapesa... Él fue quien, sin darse cuenta, decidió mi vocación”. Y sus primeros pasos en la docencia universitaria, como encargado de curso en 1935, los revivía ya hace muchos años (1949) otro alumno ilustre, Alonso Zamora: “Lapesa, por lo general, se lo sabe todo. Y todo lo comunica. Es el mejor fichero para el trabajo. Exacto, vivo, honrado. Es capaz de hacer lo que sea por los alumnos; menos una sola cosa: enfadarse... Esto contribuye a verle, ya desde el primer día, con una simpatía profunda, con una irremediable propensión al acatamiento. Porque además Lapesa encarna la modestia y la sencillez”. Dámaso Alonso, a quien llegaban muchos de estos juicios, resumía: “A Rafael Lapesa sus alumnos le adoran”.

Pero ¿qué mejor testimonio que la nutrida pléyade de discípulos repartidos por España y por el mundo que se afanan en seguir fielmente su ejemplo en la docencia y en la investigación? De los cursos de don Rafael se puede decir exactamente lo mismo que él decía de los que daba don Ramón Menéndez Pidal: “los *daba*, sí, porque eran dádiva de saber, donación ofrecida con tanta sencillez como dignidad; no los «dictaba», porque no se encumbraba con humos magistrales; ni los «impartía» como un pontífice sus bendiciones; esa terminología pedantesca vino con la tecnocracia posterior”.

Algunos de sus libros, pulcros y documentados, brotaron al calor de las aulas de instituto: la edición del *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés (1940); la antología *Poetas del siglo XVI* (1947), y la *Introducción a los estudios literarios* (1947). Incluso su obra más universalmente celebrada, la *Historia de la lengua española*, fue en su origen (1942) un libro de texto para bachillerato, y su idea germinal fue todavía más humildemente pedagógica. Contaba don Rafael que en

1937, en plena guerra, Navarro Tomás le propuso para una editorial la preparación de un manualito de unas 150 cuartillas con una breve historia de la lengua española, destinado a obreros y campesinos. Y concluía: “Usted podría poner mano al asunto sin más que dejarse llevar de la pluma. Ganaría quinientas pesetas. Anímese”. Lapesa se animó, pero no siguió el consejo de escribir a vuelapluma: él nunca fue capaz de trabajar a la ligera. Lo que no tomó en serio fue lo de componer el librito para obreros y campesinos, pero sí hacer una obra de iniciación, asequible al no especializado, y también útil a un estudiante de filología. Al final, terminada la guerra, la salida fue como texto para los chicos de instituto.

De la inesperada acogida jubilosa de este libro por parte de los filólogos españoles y extranjeros y de la triunfal vida ulterior de la obra —tantas veces reeditada y reimpressa, ampliada y actualizada—, manual universitario imprescindible y libro de cabecera de los especialistas, huelga hablar en este momento. Sobre sus singulares virtudes de método, forma y contenido, traeré aquí tan solo las palabras con que Emilio Alarcos evocaba el día de 1942 en que su padre le dio a leer la *Historia de la lengua española* que acababa de recibir. “Era libro —decía— de modesta apariencia material; pero qué insondable riqueza y qué nítida transparencia descubrí pronto en sus páginas. Lo leí con la fruición y la avidez con que hubiera devorado una novela. Claridad y hondura se aliaban prodigiosamente. Luego lo estudié, lo medité a lo largo de años: libro enriquecedor a cada nueva lectura; libro enriquecido en cada nueva edición: cuidado con amor, crecido en la difícil armonía de no olvidar nada esencial y no oscurecer el luminoso hilo conductor. Desde entonces ya nunca ha dejado de acompañarme”.

Las primeras publicaciones lingüísticas de Lapesa habían sido reseñas y artículos breves, principalmente en la *Revista de Filología Española*, sobre temas de gramática histórica. En 1932 ya aparecía su nombre en un libro, la edición del *Fuero de Madrid*, donde era autor del glosario con una nota preliminar. Correspondiente asimismo a esta época de formación debemos considerar la primera versión de la

Historia de la lengua, ya que, aunque publicada en 1942, fue concebida y redactada, como he dicho, antes del fin de la guerra. Y en esta primera época empezaron también a gestarse dos grandes obras proyectadas por don Ramón Menéndez Pidal y encargadas a don Rafael Lapesa. Una había de ser el glosario de las voces del primitivo romance hispánico contenidas en los *Orígenes del español* del maestro, que constituiría un segundo tomo de la obra. Lapesa, bajo la dirección de Menéndez Pidal, trabajó en este glosario desde 1927 hasta 1936, en que la guerra lo cortó en la letra R. El segundo proyecto en que Menéndez Pidal contaba con Lapesa era una *Crestomatía del español medieval*, apenas iniciada al comenzar la guerra.

Una vez terminada la contienda, estos dos proyectos corrieron suerte diversa. La *Crestomatía*, a la que Menéndez Pidal quiso dar prioridad, fue continuada por Lapesa, con la colaboración de M.^a Soledad de Andrés, y el trabajo se publicó en 1965 y 1966. En cambio, el *Glosario del español primitivo*, ya con carácter de obra independiente, concluido en una primera redacción por los años setenta gracias a la colaboración de Constantino García, quedó inédito en espera de la revisión final de Lapesa. Era esta la tarea que, patrocinada por la Fundación Menéndez Pidal, y con el nuevo título de *Glosario del primitivo léxico ibero-románico*, tenía entre manos don Rafael cuando en 1998 le sorprendió la última enfermedad. En el momento presente, tanto esa Fundación como esta Academia están empeñadas en publicar en fecha próxima la inédita primera versión de la obra y en concluir y editar en su día la versión revisada.

No son estos los únicos casos en que Lapesa ha tomado sobre sus hombros labores proyectadas o iniciadas por otros. En esta segunda y principal etapa de su producción hay otras dos obras a las que aportó su esfuerzo solidario. Una es *De la pronunciación medieval a la moderna en español*, de Amado Alonso, quien, a las puertas de la muerte, le rogó que se encargase de ordenar, ultimar y publicar el libro. En efecto, Lapesa realizó la delicada encomienda publicando los dos primeros volúmenes en 1955 y 1969, aunque, como antes dije, no alcanzó a hacer lo mismo con el tercero.

La otra obra es el *Diccionario histórico de la lengua española*, que en 1960 empezó a publicar esta Real Academia. Cuando en 1947 ingresó en el Seminario de Lexicografía, movía a Lapesa el interés por participar en una empresa para la que se sentía llamado y preparado, que tenía que ser uno de los pilares que le faltaban a la investigación lingüística de nuestra lengua. Para vergüenza nuestra, el español era la única lengua culta que aún no contaba con un inventario general de su léxico ni estaba en vías de tenerlo. El proyecto de Julio Casares, inspirado en una idea de Menéndez Pidal, proponía precisamente componer ese registro total documentado del léxico español de todos los tiempos y de todas las tierras. Desde el primer fascículo fue Lapesa el heroico director efectivo del proyecto, al frente de un equipo de lexicógrafos, y cuando se vio obligado a abandonarlo siguió siendo el director espiritual hasta que la obra fue interrumpida. En los treinta y cuatro años que estuvo en esta empresa, le entregó gran parte de su saber, de su entusiasmo y de sus desvelos.

En cuanto a los trabajos lingüísticos personales de esta segunda época, son numerosísimos (¿quizá dos centenares?) los publicados por Lapesa en los casi sesenta años transcurridos entre 1940 y 1998. No debe maravillarnos esto en un hombre que vivió toda su vida, como hubiera dicho Pedro Salinas, “abrazado a su idioma”. A esta época pertenecen, naturalmente, las ocho ediciones nuevas (desde 1951) de la *Historia de la lengua* que había nacido como texto escolar, ahora revisadas y ampliadas con la mente puesta en el mundo universitario al que en lo sucesivo han ido dirigidas. No deja de ser curioso que, dada la dedicación predominante de Lapesa a la lengua, en tan largo lapso, solo se hayan publicado directamente como libros otras dos obras, una al principio y otra al final: *Asturiano y provenzal en el Fuero de Avilés* (1948) y *Crisis históricas y crisis de la lengua española*, que fue su discurso de ingreso en la Academia de la Historia (1996). Todo el resto de sus estudios, varios de ellos de gran relieve, nacieron como artículos, homenajes, prólogos, ponencias, conferencias, discursos, que andan dispersos por todo el mundo en revistas y obras colectivas. Afortunadamente, lo más importante de esta producción ha sido

recogido en varios volúmenes durante los dos últimos decenios: *Estudios de historia lingüística española* (1984), *Léxico e historia* (1992) —dos volúmenes, compilados por Juan Ramón Lodares—, *El español moderno y contemporáneo* (1996) y los dos volúmenes de *Estudios de morfosintaxis histórica del español* (2000) —editados por Rafael Cano y M.^a Teresa Echenique—. Pueden añadirse los artículos reunidos en el libro *Generaciones y semblanzas de filólogos españoles* (1998), donde honra con devoción la memoria de maestros y amigos desaparecidos.

Una parte de los trabajos coleccionados en estos libros estudian la lengua de un determinado momento del pasado tal como se refleja, en conjunto o en alguno de sus aspectos, en documentos o en obras literarias; y no solo del pasado lejano, sino del español contemporáneo. Otros se refieren a fenómenos fonéticos importantes, como la apócope de la vocal en el castellano antiguo o el ceceo y seseo andaluces. Otros son textos sobre etimología y lexicografía, entre ellos algunos dedicados al *Diccionario histórico* que dirigió tantos años. Otros se enfrentan a temas generales de interés, como el español de América, la unidad de la lengua, los anglicismos, los neologismos científicos y técnicos o la actividad pasada, presente y futura de nuestra Academia y de las Academias hermanas. Pero el sector más importante de esos trabajos es el que se ha reunido en las 945 páginas del último libro publicado de don Rafael, *Estudios de morfosintaxis histórica*, que viene a suplir parcialmente uno de los proyectos de Lapesa más esperados por los estudiosos, y donde se incluye además el precioso texto inédito, según apuntes de clase redactados por Rafael Cano, de los cursos de morfosintaxis histórica del verbo español.

El fundamento teórico de la investigación diacrónica de Lapesa está en la concepción de la realidad del lenguaje “como actividad, en continuo devenir, que renueva y modifica incesantemente tanto sus cuadrículas ideales como los instrumentos que las reflejan; la renovación del sistema no ocurre de pronto y totalmente, sino con lentitud y por parcelas, con desajustes y reajustes siempre”. En segundo lugar, la historia de una lengua y de sus estructuras “no puede separarse de

la historia de los hablantes que la han modificado, recreado, a lo largo del tiempo”. Tercero: “Socialmente, los rasgos lingüísticos son moneda cuyo valor depende del que concedamos a quien la emite. Un uso lingüístico cualquiera posee, además de sus cualidades intrínsecas, valores prestados, resultantes de la estimación que obtiene... Y este aprecio está decisivamente ligado a la estimación de que gocen quienes practiquen el uso en cuestión: aristócratas, doctos o plebeyos”.

Lo que acabo de exponer no deja de tener relación con el cultivo por Lapesa de la historia y la crítica literarias. Los miembros y herederos de la escuela de Menéndez Pidal siguieron con frecuencia el ejemplo de su fundador, alternando y aun combinando en sus estudios lengua, literatura e historia. En realidad, toda aproximación rigurosa a la lengua en cualquiera de sus estadios, presente o pasado, exige estar bien familiarizado con la vertiente artística de ella y con la sociedad en la que se aloja durante su parcela de tiempo. “No es posible —ha escrito el mismo Lapesa— trazar la historia de la creación y de la cultura de una comunidad humana sin considerar la historia de la lengua o las lenguas que las han servido de medio expresivo... La historia de una lengua y la de su literatura están estrechamente unidas... La literatura enriquece, ennoblece y perfecciona el lenguaje de la comunicación práctica de todos los días; pero este, a su vez, rompe a menudo los esquemas fosilizados del uso literario, los renueva y los reaviva”.

Así lo refleja él mismo cuando en su *Historia de la lengua* apela constantemente, sin olvidar nunca el uso en el vivir cotidiano, a los testimonios literarios, no para examinar sus aspectos creativos, sino para descubrir en ellos la correspondencia entre lengua y sociedad en cada momento histórico. Esta preocupación se pone de especial relieve en artículos como los dedicados al léxico político en los años de Larra y Espronceda, o al vocabulario de la Ilustración y el de los primeros liberales, o al vocabulario de la vida social y la indumentaria durante el Romanticismo; o en los amplios frescos que son los estudios sobre la lengua en el siglo XX. Y nada puede sorprendernos que el trato íntimo con las letras de todas las épocas haya inspirado abundantes ensayos de

don Rafael, lector infatigable, sobre obras, poetas y prosistas, desde un punto de vista predominantemente literario, utilizando como medio de aproximación el examen de sus formas expresivas.

Varios libros de Lapesa responden a ese interés. De 1948 es *La trayectoria poética de Garcilaso*, análisis minucioso, lleno de saber y de sensibilidad, de los motivos poéticos del autor, la tradición literaria que le alimentó y los rasgos personales de su escritura. De este primoroso libro todavía aparecían recientemente una tercera y una cuarta edición. Su discurso de ingreso en la Academia era otro tema literario: *Los decires narrativos del Marqués de Santillana* (1954), antecedente del extenso y magistral *La obra literaria del Marqués de Santillana* (1957). A estos tres se añaden cuatro jugosos volúmenes en que se coleccionan numerosos estudios escritos entre 1933 y 1994: *De la Edad Media a nuestros días* (1967), *Poetas y prosistas de ayer y de hoy* (1977), *De Ayala a Ayala* (1988) y *De Berceo a Jorge Guillén* (1997). Como se ve por los cuatro títulos, ninguna época le es ajena, y en ellos no es el siglo XX el menos atendido.

A don Rafael Lapesa le han dedicado numerosos homenajes sus compañeros, sus discípulos, sus amigos y sus admiradores. El más importante, resultado de la confluencia de tres iniciativas diferentes, es el que se reunió en tres volúmenes entre 1972 y 1975, con el título *Studia Hispanica in honorem R. Lapesa*. La comisión de honor de la publicación, integrada por catorce miembros, incluía personalidades de primera fila del hispanismo mundial. El homenaje iba encabezado por tres hermosas semblanzas de Lapesa, trazadas por Jorge Guillén, Américo Castro y Dámaso Alonso. Recogía dos artículos póstumos de Ramón Menéndez Pidal y María Rosa Lida, y comprendía 121 trabajos de lingüistas, filólogos y críticos literarios de muchos países. Años más tarde, en 1990, la Universidad de Murcia publicó un *Homenaje al Profesor Lapesa*, nacido como un Curso de Lingüística Textual allí celebrado en 1988 y que contiene trece contribuciones de profesores españoles. En 1998, la revista *Ínsula* dedicó, con el título *Dos maestros*, un número especial a los noventa años de Rafael Lapesa y de Pedro Laín Entralgo, en el cual la mitad asignada al primero con-

tenía trabajos de siete discípulos y colaboradores de don Rafael. Por último, casi en el mismo día de la muerte del maestro apareció otro homenaje, publicado por la Facultad de Filología de Sevilla, con el título *Rafael Lapesa: su obra*, coordinado por Manuel Ariza, que presenta once estudios dedicados exclusivamente a diversos aspectos de la producción lingüística y literaria de Lapesa.

Por no alargarme más no menciono otros homenajes, no menos dignos de aprecio, ofrecidos por distintas universidades y otras instituciones. Pero no quiero omitir, por ser de esta Casa, el que le dedicó nuestra Academia en un acto público celebrado en 1988 con motivo de los ochenta años de don Rafael y en el que participamos Alonso Zamora Vicente, Fernando Lázaro Carreter, Emilio Alarcos, Manuel Alvar, Emilio Lorenzo y yo. Todas las intervenciones, junto con las afectuosas palabras de gratitud de nuestro maestro, fueron luego publicadas en nuestro BOLETÍN.

Una palabra clave de las que mejor definen moralmente a Lapesa es *fidelidad*. Ha sido fiel a sus maestros, a sus amigos, a sus discípulos, a su profesión, a la Academia, a su lengua, a su país, a sí mismo. Pero hay otras palabras clave: nobleza, dignidad, elegancia, generosidad (para dar y para perdonar), modestia, paciencia, constancia, sentido del deber, presencia de ánimo. (Después de la guerra, como nos recordó Emilio Lorenzo, fue sancionado, curiosamente, por su “rígida honradez laica”.) Todas estas virtudes son bienes escasos en la especie humana; pero más rara todavía es su confluencia en una sola persona. Muchos sacrificios callados hizo por los demás, por nosotros, por la misma Academia, en perjuicio casi siempre de sus proyectos propios, y no siempre fuimos conscientes de ello ni siempre recibí de nosotros la gratitud que merecía.

“Lapesa es lo más parecido a un santo que conozco: bondad sin tasa, generosidad, sabiduría sin vanidad”. Esto escribía Américo Castro en carta a Menéndez Pidal, en 1952. Años más tarde, Pedro Laín abundaba en la misma idea con más rotundidad: “Rafael Lapesa es un santo”. Y después, públicamente, se ha explayado en cordial efusión: “No he conocido a nadie igual... El conocimiento de Rafael

ha sido para mí uno de los grandes hallazgos que me ha concedido la vida... Conocer a una persona de la calidad intelectual, de la calidad moral, de la calidad estética [de Lapesa]... y verlo de cerca, en amistad, eso nunca lo agradeceré bastante”.

Lapesa era profundamente religioso. “Durante toda mi vida —ha dicho al final de ella— la presencia de Dios ha estado sobre mí, como algo feliz, algo salvador”. Seguramente esta presencia le salvó en medio de las tristezas de los últimos años: decepciones, padecimientos físicos, y sobre todo la enfermedad y la muerte de su mujer. Pilar Lago fue su compañera en la Universidad y en el Centro de Estudios Históricos; con ella se casó en 1932, y ella, sensible, inteligente y animosa, fue siempre también la mejor compañera en la vida y la mejor colaboradora en el trabajo. Cuando ella enfermó, fue él a su vez quien la acompañó y asistió, con infinita solicitud y amor, hasta el instante final. Él sobrevivió siete años a su soledad. Ahora ha sido él quien a nosotros nos ha dejado solos.

MANUEL SECO